

VICTORIANO SALADO ALVAREZ

Nació en Teocaltiche, Jalisco, en 1867. Falleció en la ciudad de México en 1931. Abogado, historiador, novelista. Distinguióse como periodista; a él se debe la fundación del diario *El Estado de Jalisco*. Dirigió *La República Literaria* y colaboró en los periódicos *El Imparcial*, *El Mundo Ilustrado*, *Excelsior*, *El Universal*, *El Informador de Guadalajara*, *El Diario de Yucatán*, *La Prensa* de San Antonio Texas, y *La Opinión* de Los Ángeles. Fue uno de los conservadores más destacados de México. Sus opiniones políticas contrarias al régimen carrancista le valieron largos años de destierro, después de haber servido con eficacia a su país en el campo de la diplomacia.

Sus obras más conocidas son: *De mi cosecha*, *Estudios de crítica* (1899); *De autos, Cuentos y sucedidos* (1901); *Memorias de un Veterano*, 3 v. (1902-3); *Episodios Nacionales*; *Santa Anna y la Reforma*, *La Intervención y el Imperio*, 14 v. (1945); *La vida azarosa y romántica de Don Carlos M. de Bustamante* (1933); Escribió numerosos estudios lingüísticos en 1957 en un volumen titulado *Minucias del Lenguaje*. Su hija Ana editó un volumen de trabajos históricos bajo el rubro *Rocalla de historia* (1956). Ella misma prologó otro libro con sus *Cuentos y Narraciones*. Otros títulos importantes de este historiador son: *La conjura de Aaron Burr y las primeras tentativas de conquista de México por americanos del Oeste* (1908). Acerca de Burr, personaje que tanto le interesó, inició una traducción de la obra de Mac Allen que dejó inconclusa en el Museo Nacional. Valioso trabajo es también *Méjico peregrino, Mexicanismos supervivientes en el inglés de Norte-América* (1924).

De Salado Alvarez se han ocupado, a más de su hija Ana en el prólogo a *Cuentos y Narraciones*, México, Editorial Porrúa, 1953, 318 p. (Biblioteca de Escritores Mexicanos 71), Juan B. Iguiniz, en su tan mencionada *Bibliografía de Novelistas mexicanos...* [Febronio] Ortega, *Hombres, Mujeres. (Entrevistas)*. Colofón de José Vasconcelos, Carátula de Bolaños Cacho, México, Aztlán Edits., 1926, 118-[3] p.; Frederick Starr, *Readings from modern mexican authors*, Chicago, The Open Court Publishing Co., 1904 [VII 420 p. IIs.]; José López Portilla y Rojas en el prólogo de *De autos, Cuentos y sucedidos*, Prólogo de... Guadalajara, J. R. Garcia y Hno., 1901, XI-238 p. Joaquín Ramírez Cabañas en el prólogo de *Antología de Cuentos Mexicanos, 1875-1910*, Madrid, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1953 (Colección Austral 358), y también Artemio de Valle Arizpe, *Don Victoriano Salado Alvarez y la Conversión en México, discurso leído en la sesión pública que el día 13 de noviembre de 1931 consagró a la memoria de tan ilustre escritor la Academia Mexicana correspondiente de la Española*, México, Cultura, 1932, 65 p.

Recio estudio es el de Alfonso Junco en *Sangre de Hispania*, Buenos Aires, México, Espasa Calpe, 1940, 190 p.

Fuente: Victoriano Salado Alvarez, *Rocalla de historia*, México, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, Departamento de Bibliotecas, 1956, 289 p., p. - 105-109.

BERNARDINO ALVAREZ, UN HEROE DE LA CARIDAD

Por 1534 aportó a esta Nueva España un mozo entonces hasta de veinte años, llamado Bernardino Alvarez. Era natural de Utrera y por lozano, valiente “y, lo que dice el vulgo, exagerado”, fue bien querido de todos y de todos bien quisto.

Era Bernardino hijo de “padres nobles españoles y muy cristianos de linaje”. Su sangre bulliciosa y su genio inquieto lo inclinaron a sentar plaza en las tropas que se levantaban contra los chichimecas, y en varios pueblos de la Tierra Adentro vivió hasta que “dejando el ejercicio militar volvió a México, donde con la ociosidad y abundancia andaba la baraja de naype, y no se dejaban las licencias de soldado... Estaba México opulentísima, con esto la ociosidad armaba algunas casas de juego, que abrían puertas a todos los vicios de los mozos y holgazanes... con las barajas se granjeaban amigos y aun se ganaban otras amistades no honestas. Toda esta compañía de alentados, reconocía a Bernardino Alvarez por capitán, por ser el que más galante salía de toda suerte de refriegas”.

Los biógrafos no refieren cuáles fueron los pecados de Bernardino, pero graves serían puesto que se le condenó, en unión de doce compañeros de su desatentada mocedad, “a que navegasen los descubrimientos de la China donde pudiesen emplear gloriosamente su esfuerzo”.

En unión de sus amigos, Bernardino emprendió la fuga; pero tres de los que escaparon fueron cogidos y ahorcados, mientras el atolondrado mozo se guarecía en el asilo que le proporcionó una mujer que vivía por Necatitlán. De allí, y recatándose de ser visto, salió para el Perú y reino de Cuzco, de donde volvió trayendo treinta mil pesos de oro, entonces gran caudal. Mil envió a su madre para que viniera a la Nueva España; pero aquella, viuda ya, le contestó exhortándolo a que viviese “bien y virtuosamente y que se empleara en el servicio de Dios”.

Se fija la vocación de Fr. Bernardino por 1540, y en el hospital del Marqués (de Jesús) hizo sus primeros ensayos, y a asistir a pobres, a enfermos, o a vergonzantes, consagró varios años de su vida.

Y más grande que su antiguo desenfreno fue su caridad, pues hablando con el licenciado Francisco de Losa, le dijo con lágrimas: “Plugiera a Dios, Padre Losa, y pudiese juntar todos los pobres del mundo. Yo tengo fe y esperanza cierta en Dios me ha de dar para sustentarlos”.

Para recoger al menos aquel gran corazón, todos los pobres de este Nuevo Mundo, trató de fundar el hospital u hospedería de la caridad que estableció en un solar “desde lo que hoy es monasterio (de San Bernardo) a mitad de la calle de la Celada, frontera al colegio de Porta Coeli”.

Más tarde lo “varió de lugar y por más cómodo, y capaz a sus nobles intentos, vendido éste, se prefirió el que ya lindaba, como hoy, con la antigua iglesia de San Hypólito: donde más desembarazo de sitio, pureza de aires y beneficio de aguas (que ofrecía la inmediata pública atarkea); con la venia de los Superiores y la expresa y constante del mismo Arzobispo Ilmo. en 28 de enero del siguiente de 67, se edificó este Presidio de la Charidad o Fortaleza de convalecientes; edificio, como el que decíamos de Salomón, movedizo también, por haberse mudado a otro sitio; y que se labró de cedros no menos erguidos, que del Líbano; que les dieron mejor en sus principios, los altos montes de Nueva España, y en mandamientos de su puño, franquearon sus Virreyes al V. Bernardino, para que se los cortasen, y ministrasen por semanas; sustentóse de Pilares de Plata, y de barras, que no sin milagro, le trabjeron, al parecer, Angeles del Cielo, para socorro de sus pobres en las más estrechas penurias; e hizolo con todo su caudal, espaldas de oro. en el que adquiró en el Cusco buenamente, y le dio el Perú de sus minas.

“Pero aunque lo zangeó así, y fabricó primero en algunas bajas viviendas cuarteles o alojamientos capacísimos para recoger muchos pobres, no logró levantarlo a su gusto, o a que por gradas tuviese el descenso, y aun ascenso, hasta que vistiendo la púrpura de la vergüenza sus mexillas, salió a mendigar públicamente, primero en México en aquel su primer siglo de oro, y caridad, en que clamoreando ésta, que jamás descaece, aunque más preste, y haciendo eco, por ser más bien oída, en los pobres que él llama piedras vivas de Christo; recogió a su voz gruesas limosnas, y a la más eficaz de su ejemplo, copia de fieles compañeros, ya clérigos, ya puramente Seculares, con los que fundó también su Hermandad e Instituto de la Charidad Hospitalaria, exercitada en este Hospital principalmente, según la generalidad de aquel valiente mote que le sobre-

escribió de su puño: En este Hospital no se niega la charidad a alguno que dijere tiene necesidad; obstentación digna de un Rey, y por eso de la opulencia, y charidad de un Salomón, hacia los prójimos que, mediante la misma charidad amaba como a hijos.”

Pero no bastaba un instituto a la ardorosa caridad de Bernardino. Queriendo “excitarla más con el riego y agua de ambos mares”, fundó en el sur, en Acapulco, un hospital “no sólo para curar a sus vecinos, sino los muchos que en la prolija navegación de Filipinas enferman... y con las del norte en el que fundó en la Veracruz, patíbulo común de los que van o vienen de Europa”, a los que no sólo trataba como enfermos sino como a pobres, conduciéndolos con toda comodidad y regalo, fletando hasta cien cabalgaduras en cada flota y haciendo muchos viajes si venía recargada, los que conducía hasta México a su hospital general.

Asimismo, fundó otros hospitales en Guatemala, la Habana, Desierto de Perote, Jalapa, la Puebla, Oaxaca y Querétaro.

En el hospital de México servía a toque de campana dos veces al día más de cuatrocientas raciones que ministraba a huéspedes y enfermos, nobles o plebeyos, grandes o pequeños, dementes o de juicio, fuertes o caducos; y entre ellos, sacerdotes necesitados, conquistadores y otros caballeros que habían venido a suma pobreza y con plaza también de vergonzantes algunos sabios y maestros. De ellos se valía el bienhechor caritativo para educar e instruir niños pobres que también recogía y que les enseñaba a leer, escribir y hasta estudios.

El 12 de agosto de 1584, a los setenta años de edad, Fr Bernardino entregó a Dios su alma purificada y fue enterrado en la iglesia de San Hipólito en el presbiterio del lado de la Epístola. El epitafio ingenuo que llevaba la losa de su sepulcro decía así:

“No la pompa del mundo y Vanidad
Encierra aquesta losa húmeda y fría.
El cuerpo guarda, sí, de una alma pía
Y fundador de la Hospitalidad
De aquel patriarca de caridad
El señor Proveerá, sólo decía,
Y con esta expresión abastecía
De beneficios a la humanidad.
Bernardino Alvarez: murió en el Señor,
Después de que a los pobres asistió

Su humanidad, su pureza, su candor,
Demuestra en hospitales que fundó
y de ser al principio pecador
Su alma con el Ecce homo ya voló”.

Todavía en 1889 vio la piedra el historiador Galindo y Villa. Ahora desapareció a impulsos del radicalismo y la ignorancia.

Al ver las efigies risibles de los risibles maceteros que llenan el Paseo de la Reforma ¿no se echa de menos —aunque en mejor compañía— la de este serafín humanado que tuvo como lema la caridad y la fe en Dios?